

cidian; pero al mensajero le ocurrió un caso muy particular y extraño, y fue, que habiendo hecho su navegacion á Italia, al pasar por los términos de Regio para ir á Caulonia; donde se hallaba Dionisio, se encontró con un amigo suyo que se retiraba con los restos de un sacrificio que acababa de hacer; y recibiendo de este una porcion de la carne, continuaba con celeridad su viaje. Habiendo andado parte de la noche, le obligó el cansancio á reposar un poco, y así como estaba se echó á dormir en una selva al lado del camino. Al olor de la carne vino un lobo, y para llevársela, estando atada á la alforja, dió á correr llevándose tambien esta, en la que estaban las cartas. Cuando el mensajero despertó y lo advirtió, dió muchas vueltas é hizo muchas diligencias en busca de la alforja; y como hubiesen sido en vano, resolvió no ir sin las cartas á la presencia del tirano, sino mas bien huir de él cuanto antes.

No supo pues Dionisio sino tarde y por otros medios la guerra de Sicilia. A Dion se le unieron en la marcha los Camarinos, y le acudian en gran número, excitados con su vecinda los que habitaban en los campos de Siracusa. Los Leontinos y Catanenses, que con Timócrates guardaban el fuerte de Epipolas, habiéndoles llegado una voz falsa esparcida por Dion de que ante todas cosas se dirigia á sus ciudades, se marcharon, abandonando á Timócrates para socorrer á los suyos. Luego que Dion, que se hallaba acampado en Acras, tuvo noticia de estos sucesos, movió cuando todavía era de noche sus soldados, y llegó al rio Anapo, que no dista de la ciudad mas que diez estadios. Deteniendo allí su marcha, sacrificó junto al rio, y adoró al sol saliente. Predijéronle al mismo tiempo los adivinos la victoria de parte de los Dioses; y como los que se hallaban presentes viesén coronado á Dion durante el sacrificio, por un movimiento simultáneo se coronaron todos: no bajando de cinco mil los que se le habian agregado en el camino. Armados malamente con lo que pudo haberse á la mano, suplian con su buena voluntad la falta de armamento: de manera que al marchar Dion dieron á correr, excitándose y alentándose unos á otros con alegría y regocijo á la libertad.

De los ciudadanos que se hallaban en Siracusa, los mas nobles y principales, vestidos de gala, corrieron á las puertas; pero la muchedumbre dió contra los amigos del tirano, é hizo pedazos á los llamados emisarios, hombres malvados y abominables, que mezclándose entre los demas Siracusanos y fingiendo negocios, observaban cuanto pasaba, y denunciaban al tirano el modo de pensar y de explicarse cada uno. Estos pues fueron los primeros que llevaron su merecido, destrozados por los que con ellos encontraron. Timócrates no habiendo podido incorporarse con los que custodiaban la ciudadela, montó á caballo y se salió de la ciudad, llenándolo todo con su huida de turbacion y miedo, y exagerando las fuerzas de Dion, para que no pareciese que abandonaba la ciudad con ligero motivo. En esto ya Dion se acercaba y se dejaba ver, yendo el primero vistosamente armado, y á su lado de una parte su hermano Megacles, y de la otra Calipo el Ateniese con coronas sobre la cabeza. De los estipendiarios ciento seguian á Dion, formando su guardia; y á los demas, bellamente adornados, los conducian los caudillos, saliendo á verlos los Siracusanos, y recibéndolos como una pompa sagrada y divina de la libertad y de la democracia, que al cabo de cuarenta y ocho años tornaba á la ciudad.

Luego que Dion entró por la puerta Menitide, sosegado el alboroto, hizo publicar á son de trompetas que Dion y Megacles, habiendo venido á destruir la tiranía, libertaban de la servidumbre del tirano á los de Siracusa y á los demas Sicilianos; y como quisiese hablar á los ciudadanos por sí mismo, subió por la Aeradina, teniendo puestas los Siracusanos á uno y otro lado de la calle víctimas, mesas y tazas; y por do quiera que pasaba arrojaban sobre él flores y frutas, dirigiéndole plegarias como á un Dios. Habia debajo de la ciudadela y de la Pentapila un reloj de sol, dispuesto por Dionisio, elevado y en parte que se descubria desde lejos. Subió á él, y arengó al pueblo, exhortando á los ciudadanos á recobrar la libertad. Estos con muestras de gratitud y aprecio los nombraron á ambos generales con absoluto poder, y á su voluntad y ruego eligieron otros veinte magis-

trados que los acompañaran en el mando; de los cuales la mitad eran de los que habian vuelto con Dion del destierro. Parecióles á los adivinos otra vez que el haber tomado Dion bajo sus pies para arengar aquello en que tenia puesta su vanidad Dionisio, y habia sido por él consagrado, era una señal muy plausible; pero por cuanto era un reloj en el que estaba subido cuando se le nombró general, temian no fuera que su suerte tuviese una repentina mudanza. En seguida tomando las Epipolas, puso á los ciudadanos presos en libertad, y formó trincheras delante de la ciudadela. Al día sétimo llegó á esta Dionisio, y á Dion le trajeron en unos carros las prevenciones que habia dejado confiadas á Sunalo. Distribuyólas entre los ciudadanos; y de los demas cada uno se alió y preparó lo mejor que pudo, procurando mostrarse valientes soldados.

Dionisio envió desde luego privadamente mensajeros á Dion para descubrir terreno; pero diciéndoles este que hablaran en comun á los Siracusanos, como hombres libres que eran, se hicieron por los mensajeros proposiciones muy humanas de parte del tirano, prometiéndoles moderar los tributos, y no ser compelidos á otras guerras que las que con él decretasen; de lo que los Siracusanos se burlaron. Mas Dion respondió á los mensajeros que excusara Dionisio conferencias con aquellos mientras no se desistiese de la autoridad; pero que desistiéndose, le ayudaria en cuanto pudiera necesitar, y en cualquiera otra cosa justa que pudiese, acordándose del deudo que entre los dos habia. Aplaudióselo Dionisio, y otra vez le envió mensajeros, proponiendo que pasaran á la ciudadela algunos de los Siracusanos; y que cediendo estos en unas cosas, y él mismo en otras, tratarian de lo que pudiese ser útil á la ciudad. Fuéronle pues enviados aquellos ciudadanos que merecieron la confianza de Dion; y comenzó á hablarse mucho entre los Siracusanos de que Dionisio iba á abdicar la tiranía, mas por su propia voluntad que por condescender con Dion: siendo todo esto dolo y ficcion del tirano, y un lazo que á los Siracusanos armaba; porque á los que pasaron á hablarle los puso en un encierro; é hinchiendo de vino muy por la mañana á los

soldados que tenia á sueldo, los envió á carrera contra la muralla de circunvalacion de los Siracusanos. Hecha así esta incursion imprevista por los bárbaros, con empeño de tomar á fuerza de arrojo y precipitacion la muralla, á su primera acometida ninguno de los Siracusanos tuvo resolucion para aguardar y defenderse, á excepcion únicamente de los estipendiarios de Dion; los cuales apenas sintieron el alboroto acudieron á dar auxilio; pero ni aun estos podian pensar en el modo de darle, no oyendo nada por la griteria y dispersion de los Siracusanos, que huian por entre ellos, y se los llevaban de paso; hasta que Dion, pues que nadie atendia á lo que decia, se propuso mostrarles con obras lo que debia hacerse, cargando el primero á los bárbaros, con lo que se trabó alrededor de él un repentino y reñido combate; pues siendo conocido no menos de los enemigos que de los propios, todos aquellos corrieron á acometerle á un tiempo. Hallábase ya Dion por razon de su edad mas pesado de lo que para estos combates convenia; pero resistiendo y acuchillando con vigor y aliento á los que le cargaban, fue herido de lanza en una mano, y la coraza apenas bastaba ya á resistir á los dardos y á los golpes dados de cerca, pues pasaban el escudo, llegando á ser herido de muchos dardos y lanzas, hasta que quebrantados aquella y este, cayó Dion, y fue preciso que los soldados le arrebataran y salvaran. Nombróles entonces por caudillo á Timónides; y recorriendo la ciudad á caballo, contuvo á los Siracusanos en su fuga; y haciendo tomar las armas á los estipendiarios que custodiaban la Acradina, los condujo contra los bárbaros; á unos hombres descansados y en su primer fervor contra los que se hallaban fatigados, y desistian ya de la empresa: porque habiendo esperado apoderarse al primer ímpetu y acometida de toda la ciudad, como despues se hubiesen encontrado, contra lo que se habian prometido, con hombres belicosos y valientes, se replegaron á la ciudadela. En la retirada fueron todavía mas acosados por los Griegos; por lo que huyeron y se encerraron dentro de las murallas, no habiendo muerto mas que á setenta y cuatro hombres de las tropas de Dion, y perdido ellos muchos mas de los suyos.

Alcanzada pues esta brillante victoria, los Siracusanos coronaron y dieron por prez á cada uno de los estipendiarios cien minas; y estos coronaron á Dion con corona de oro. Bajaron en esto heraldos de parte de Dionisio, trayendo á Dion cartas de las mujeres relacionadas con él. Había entre las cartas una con este sobrescrito: A mi padre, de Hiparino; porque este era el nombre del hijo de Dion; aunque Timeo dice que del de su madre Arete se llamaba Areteo; pero en estas cosas mas crédito debe darse, segun entiendo, á Timónides, amigo y compañero de armas de Dion. Leyéronse á los Siracusanos las demas cartas, reducidas á quejas y ruegos de las que las enviaban; y aunque no querian permitir que se abriese en público la que se tenia por del hijo, porfió Dion y la abrió como las otras. Era sin embargo de Dionisio, quien por lo que hace á la escritura hablaba con Dion; pero en cuanto á los negocios con los Siracusanos; teniendo la apariencia del ruego y de una prudente demanda, pero dirigiéndose á poner en mal á Dion. Porque contenia recuerdos de lo mucho que con tanto zelo habia hecho en favor de la tiranía; amenazas contra las personas que le eran mas caras, la hermana, el hijo y la mujer; protestas indecentes, mezcladas con lamentos; y ademas, que fue lo que sobre todo le alteró, la propuesta de que no destruyese, sino que tomase para sí la tiranía; ni diese la libertad á unos hombres que le aborrecian y le guardaban enemiga, sino que se quedase mandando para dar á sus deudos seguridad.

Leida esta carta, no les ocurrió á los Siracusanos admirar la imparcialidad y grandeza de ánimo de Dion, que por lo honesto y lo justo no atendia á tan inmediatos parentescos; sino que tomando de aquí principio y ocasion para sospechas y rezelos, como si estuviera en una absoluta precision de contemporizar con el tirano, pusieron la vista en otros caudillos; y sobre todo habiendo sabido que llegaba Heráclides, se encendió mas en ellos este deseo. Era Heráclides uno de los desterrados, buen militar, y conocido por el mando que habia tenido bajo los tiranos; pero no de ánimo constante, sino movable en todo, y poco seguro para la comunidad de mando y de gloria. Indispuesto en el Peloponeso con

Dion, habia determinado venir por sí con escuadra propia contra el tirano; y llegado á Siracusa con siete galeras y tres barcos, encontró cercado otra vez al tirano, y á los Siracusanos inflamados é inquietos. Captó pues al punto el favor de la muchedumbre, porque su carácter tenia cierto atractivo, siendo de los que se plegan y de los que seducen á gentes que gustan de que se les adule: así atrajo y puso fácilmente de su parte á aquellos que repugnaban la gravedad de Dion como molesta y desagradable por el orgullo y engreimiento que les habia dado la victoria; queriendo ser lisonjeados como libres aun antes de serlo.

En primer lugar corriendo por movimiento propio á la junta pública, eligieron á Heráclides general de la armada; y cuando presentándose Dion se quejó de que el mando dado á este era una revocacion del que antes le habian conferido, pues que no era ya absoluta su autoridad si otro tenia el mando de la armada, con violencia anularon los Siracusanos el nombramiento de Heráclides. Hecho esto así, le llamó Dion á su casa, y habiéndole dado algunas quejas sobre que no era justo ni conveniente que quisiera competir con él por la gloria en unos momentos en que con poco esfuerzo podia perderse todo, convocó á nueva junta, en la que nombró á Heráclides general de la armada, y persuadió á los ciudadanos que se le dieran guardias del mismo modo que á él. En las palabras y en la apariencia se mostraba aquel obsequioso con Dion, reconociendo la obligacion en que le estaba: seguiale sumiso, y ejecutaba sus órdenes; pero seduciendo y acolorando bajo mano á la muchedumbre y á los amigos de novedades, cercó á Dion de disgustos y sinsabores, constituyéndole en la situacion mas difícil: porque si disponia que Dionisio saliera de la ciudadela en fuerza de una capitulacion, se le calumniaria de que le tenia consideracion y le salvaba; y si no queriendo molestar al pueblo andaba remiso en el sitio, se creeria que alargaba la guerra para mandar por mas tiempo, y mantener en el terror á los ciudadanos.

Habia en Siracusa un cierto Sosis, que tenia nombre entre los Siracusanos por su maldad y su insolencia, estando

creído que el colmo de la libertad se cifraba en llevar hasta el último punto la osadía. Tratando pues de perder á Dion, lo primero que hizo fue levantarse en la junta pública, y reconvenir agriamente á los Siracusanos de que no advirtiesen que por librarse de una tiranía necia y soñolienta se habian entregado á un déspota vigilante y sobrio; y mostrándose despues mas abiertamente enemigo declarado de Dion, por entonces se retiró de la plaza; pero al día siguiente se le vió correr por la ciudad desnudo, bañadas la cabeza y la cara en sangre, como que huia de algunos que le perseguian. Presentóse en esta disposicion en la plaza, diciendo que los soldados estipendiarios de Dion le habian acometido, y mostró la cabeza lastimada; con lo que tuvo á muchos que tomaron parte en sus quejas, y que levantaron el grito contra Dion, clamando que su proceder era violento y tiránico, si con asesinatos y peligros quitaba á los ciudadanos el poder manifestar libremente su opinion. Con todo reunida la junta pública, aunque en confusion y desórden, se presentó Dion á hacer su defensa, y manifestó que Sosis era hermano de uno de los soldados de Dionisio, y que á su instigacion habia querido conmovier y alborotar la ciudad, no quedándole ya á Dionisio otro camino de salvarse que el de introducir la desconfianza y discordia entre los ciudadanos. Al mismo tiempo habiendo registrado los cirujanos la herida de Sosis, encontraron que era puramente superficial, y no hecha con impresion extraña que la hiciera penetrar; porque las heridas de espada tienen mayor profundidad por enmedio; y la de Sosis era ligera por igual, teniendo muchos principios, como era natural en quien por el dolor aflojaba, y luego volvia á querer continuar. Llegaron tambien á este tiempo á la junta algunos ciudadanos de crédito trayendo una navaja, y exponiendo que yendo por la calle se habian encontrado con Sosis bañado en sangre, y que decia á gritos que iba huyendo de los soldados de Dion, por quienes acababa de ser herido. Añadian que habiendo ido en busca de los agresores, no habian encontrado mas que aquella navaja puesta en el hueco de una piedra, de la que habian visto venir corriendo á Sosis.

Como fuese ya con esto peligrosa la situacion de Sosis, y aun se agregase la declaracion de los de su casa, quienes atestiguaron que era todavía de noche cuando salió de ella solo con la navaja; los que culpaban á Dion se retiraron, y el pueblo, habiendo condenado á muerte á Sosis, mudó de modo de pensar en cuanto á Dion. Mas no por esto le eran menos sospechosos los soldados de este, mayormente despues que se habian dado diferentes combates navales contra el tirano: porque Filisto habia venido de Yapigia con muchas galeras en auxilio de Dionisio; y como aquellos forasteros fuesen soldados de infantería, creian los Siracusanos que no podrian serles de provecho para aquella clase de guerra; sino que mas bien los tendrian sumisos á sus órdenes, siendo ellos gente de mar, y que sobrepujan en esta especie de fuerza; pero la suerte hizo que aun se les acrecentó á aquellos soldados el orgullo con la buena suerte que tuvieron en la mar, donde venciendo á Filisto, le trataron cruel y barbaramente: aunque Eforo dice que tomada su nave, se quitó él á sí mismo la vida; pero Timónides, que desde el principio se encontró en todos estos sucesos con Dion, escribiendo al filósofo Espeusipo, dice que Filisto quedó cautivo de resulta de haber encallado en tierra su galera; y que habiéndole quitado los Siracusanos la coraza, y mostrándole desnudo, le hicieron diferentes insultos, siendo ya viejo; que despues le cortaron la cabeza, y entregaron su cadáver á los muchachos, diciéndoles que lo arrastraran por la Acradina y lo arrojaran á las canteras. Timeo, para hacer que este insulto aparezca mayor, refiere que los muchachos ataron el cadáver de Filisto con una cuerda de la pierna coja, y lo arrastraron por la ciudad, haciendo grande escarnio todos los Siracusanos al ver arrastrado por una pierna á aquel que habia dicho á Dionisio que no debia salir huyendo de la tiranía en un veloz caballo, sino solo tirado por una pierna: aunque Eforo refiere esta expresion como dicha á Dionisio por otro, y no por el mismo Filisto.

Mas Timeo, aprovechando una ocasion justa, como lo era la de la adhesion y zelo de Filisto por la tiranía, sacia su deseo de hablar mal de él; en lo que quizá pueden merecer

IV.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTERREY, MEXICO

indulgencia los que han sido agraviados, aun para llegar al extremo de ensañarse con un cadáver que carece de sentido; pero en los que despues escriben los sucesos, no habiendo sido ofendidos en vida por él, y aprovechándose de sus escritos, su misma gloria parece que exige que no le echen en cara con afrenta y vilipendio sus desgracias; de las que nada hay que pueda asegurar aun al hombre mas recto y justo de parte de la fortuna. Tampoco Eforo obra cuerdamente en alabar á Filisto: pues sin embargo de mostrarse tan hábil en cubrir con motivos decentes las acciones injustas y las costumbres estragadas, y en encontrar al intento las mas seductoras expresiones, por mas esfuerzos que hace, no puede evitar que de su relacion misma resulte contra sí haber sido el hombre mas adicto á la tiranía, y el que mas solicitó y mas admiró el lujo, el poder, la riqueza y los enlaces de los tiranos. En fin en cuanto á Filisto el que no alabe sus acciones, ni tampoco le eche en cara su suerte, ese será el que mejor desempeñe el oficio de historiador.

Despues de la muerte de Filisto envió Dionisio á Dion quien le propusiera que le haria entrega de la ciudadela, de las armas y de sus tropas con el sueldo completo de estas para cinco meses; bien que pidiendo que bajo la fe de un tratado se le permitiera retirarse á Italia, y habitando allí, disfrutar en los términos de Siracusa la posesion llamada Guata, que era un campo dilatado y fértil, que desde la orilla del mar entraba tierra adentro. No admitió Dion el mensaje, sino que le envió á decir que suplicara sobre el objeto de este á los Siracusanos; los cuales esperando tomar vivo á Dionisio, despidieron á sus embajadores; pero él lo que hizo fue entregar la ciudadela á su hijo mayor Apolócrates; y aguardando un viento favorable, teniendo ya puestas en las naves las personas que mas apreciaba y lo mas escojido de su riqueza, se hizo á la vela, sin que de ello tuviese noticia el general de la armada Heráclides. Este, como se viese maltratado y perseguido de los ciudadanos, se valió de Hipon, que era uno de los demagogos, para que propusiera al pueblo un nuevo repartimiento de tierras, como que la igualdad era principio de libertad, y la pobreza de esclavitud pa-

ra los miserables. Púsose á su lado Heráclides, y conmoviendo al pueblo contra Dion que se oponia, persuadió á los Siracusanos á que ademas del repartimiento decretaran privar á los soldados forasteros de su sueldo, y nombrar otros generales, siéndoles ya molesto Dion. Los Siracusanos pues intentando levantarse repentinamente como de una larga enfermedad de la tiranía, y manejarse intempestivamente como los pueblos que tenian el hábito de la libertad, se hicieron á sí mismos gran daño; y aborrecieron á Dion, porque, como un buen médico, queria mantener la ciudad en un arreglo esmerado y sobrio.

Habiéndose congregado en junta para la eleccion de los nuevos magistrados, estándose entonces en medio del estío, por quince dias seguidos sucedieron truenos extraordinarios y señales del cielo infaustas, que por supersticion apartaron al pueblo de nombrar otros generales. Mas luego que á los demagogos les pareció que ya la serenidad era permanente, quisieron llevar á efecto la junta; pero la casualidad hizo que un buey de carretero, aunque hecho á ver gentes, se inquietase y enfureciese contra el conductor; y huyendo á carrera del yugo, se dirigió al teatro, donde inmediatamente alborotó y dispersó á la muchedumbre, que dió á correr desordenadamente; y el buey continuó en su fuga saltando y trastornando cuanto encontraba en aquella parte de la ciudad que despues ocuparon los enemigos. A pesar de todo esto, y no haciendo cuenta ninguna de ello, nombraron los Siracusanos veinticinco magistrados, de los que era uno Heráclides; y hablando reservadamente á los soldados extrangeros, trataron de seducirlos y separarlos de Dion para traerlos á su partido, prometiéndoles que serian con ellos iguales en derechos. Mas aquellos soldados desecharon sus proposiciones, y conservándose fieles y adictos á Dion, se pusieron armados á su lado para defenderle y protegerle, y así lo sacaron de la ciudad; no haciendo la menor ofensa á nadie, y solo reconviniendo agriamente á los que encontraban por su ingratitud y perversidad; pero los Siracusanos despreciándolos por su corto número, y porque no habian sido los primeros en la agresion, llevados de que eran muchos mas, los

acometieron, en la inteligencia de que los vencerian fácilmente dentro de la ciudad, y acabarian con todos.

Constituido con esto Dion en el apuró y en la desgraciada situacion de haber de pelear con sus conciudadanos, ó perecer con sus soldados, dirigia á los Siracusanos los mas encarecidos ruegos, tendiendo á ellos las manos y mostrándoles el alcázar lleno de enemigos, que se asomaban por las murallas, y eran espectadores de cuanto pasaba; pero no habiendo modo de templar el ímpetu de aquella muchedumbre, y dominando en la ciudad, como en un mar proceloso, el viento de los demagogos, dió orden á sus soldados, no de trabar pelea, sino solo de volver cara con resolucion y gritaría blandiendo las armas; y con esto ya no aguardó ninguno de los Siracusanos, sino que dieron á huir por las calles sin que nadie los persiguiese: porque Dion hizo retroceder á sus soldados, y los condujo á los términos de los Leontinos. Fueron con esto los magistrados de los Siracusanos la risa y escarnio de las mujeres; y queriendo reparar la afrenta, armando otra vez á los ciudadanos, marcharon en persecucion de Dion. Alcanzaronle al pasar un rio, y se acercaron con su caballería en actitud de combatir; pero cuando vieron que ya no sufría con mansedumbre y bondad paternal sus demasías, sino que con denuedo volvía y ordenaba sus soldados, entregándose á una fuga mas vergonzosa que la primera, se retiraron á la ciudad con muerte de algunos ciudadanos.

Recibieron á Dion los Leontinos con las mayores muestras de honor y aprecio, y á los soldados les ofrecieron pagarles su haber, y los hicieron ciudadanos. Dispusieron luego enviar á los Siracusanos embajadores con proposicion de que tuvieran la consideracion debida á aquellos soldados forasteros; pero ellos mandaron otra embajada para acusar á Dion. Reuniéronse con los Leontinos los aliados, y habiendo conferenciado entre sí, declararon que no tenían razon los Siracusanos; pero estos no hicieron cuenta de lo resuelto por los aliados, engreidos y soberbios con que habian sacudido toda obediencia; y antes les estaban sujetos y les temian sus propios magistrados.

Llegaron en esto á la ciudad algunas galeras enviadas por Dionisio, en las que venian Nipsio de Nápoles, que conducía víveres y caudales á los sitiados; y habiéndose dado un combate naval, quedaron vencedores los Siracusanos, y tomaron cuatro de las naves de aquel convoy. Insolentes con la victoria, y empleando el tiempo, por la anarquía en que vivían, en francachelas y convites desordenados, de tal manera se olvidaron de lo que importaba, que teniéndose ya por dueños de la ciudadela, perdieron la ciudad. Porque Nipsio, viendo que en todo el pueblo no habia quien tuviera juicio, sino que la muchedumbre estaba entregada á músicas y embriagueces desde el dia hasta alta noche, y que los caudillos se regocijaban tambien con aquellas fiestas, y no se cuidaban mucho de hacer su deber con unos hombres beodos, aprovechando hábilmente la ocasion, acometió á la muralla, y apoderándose de ella y destruyéndola, dió suelta á los bárbaros, diciéndoles que hicieran de los ciudadanos que les vinieran á la mano lo que quisieran ó pudieran. Advirtieron bien pronto los Siracusanos el mal que les habia sobrevenido; pero tarde y con dificultad acudieron asombrados y pasmados á su remedio; porque era un horroroso saqueo el que experimentaba la ciudad, siendo muertos los hombres, diruidas las murallas y conducidas las mujeres y los niños á la ciudadela entre los mayores lamentos: pues los caudillos se habian acobardado del todo, y para nada podían servirse de los ciudadanos contra unos enemigos que por todas partes estaban ya mezclados y confundidos con ellos.

Siendo este el estado de las cosas, y amenazando ya el peligro á la Acradina, todos ponían la vista en el único que podia levantar sus esperanzas; pero nadie lo proponía, avergonzados de la ingratitud é indiscrecion con que respecto de Dion se habian portado. Mas siendo ya urgente la necesidad, salió una voz de entre los aliados y la milicia de caballería de que se llamara á Dion, y se trajera á los Peloponenses del país de los Leontinos. No bien se habia tenido esta resolucion y dádose esta voz cuando fueron comunes entre los Siracusanos las aclamaciones, el gozo y las lágrimas, rogando á los Dioses por que Dion pareciese, deseando verle, y re-

cordando su valor y denuedo en los peligros, y como no solo era imperturbable él mismo, sino que tambien á ellos les daba espíritu, y los conducia impávidos á los enemigos. Envianle pues al punto de los aliados á Arconides y Telesides y otros cinco de la caballería, entre ellos Helánico. Marcharon estos á desempeñar su comision corriendo á rienda suelta, y llegaron á la ciudad de los Leontinos casi al fin del dia. Apearonse, y lo primero que hicieron fue ir á echarse llorosos á los pies de Dion, á quien refiriendo los infortunios de los Siracusanos. Habian ya acudido algunos de los Leontinos, y los mas de los Peloponenses se agolparon á Dion, pensando por la prisa y por los ruegos de aquellos hombres que habia ocurrido alguna grande novedad. Congrególos al punto en junta pública, á la que prontamente concurrieron, y entrando Arconides y Helánico con los que los acompañaban, expusieron brevemente el cúmulo de males que les habian sobrevenido y rogaban á los soldados de Dion fueran en socorro de los Siracusanos, olvidándose de los agravios recibidos; pues ya los habian pagado, sufriendo mucho mas de aquello que los ofendidos podian desear.

Cuando estos hubieron dado fin á su discurso, quedó en el mas profundo silencio todo el teatro. Levantóse Dion, y como al émpezar á hablar las muchas lágrimas que corrian de sus ojos le cortasen la voz, los soldados le exhortaban á que tomase aliento mostrándose con él afligidos. Recobrándose pues Dion un poco de su grave pesar: « Peloponenses y aliados, dijo, os he reunido aquí para que delibereis sobre vosotros mismos; por lo que á mí hace no me es dado deliberar perdiéndose Siracusa; pues si no puedo salvarla, voy á lo menos á enterrarme entre el fuego y las ruinas de la patria. Si quereis todavía dar auxilio á hombres tan desacordados y desventurados como nosotros, mantened en pie á la ciudad de los Siracusanos, que es vuestra obra; pero si irritados con estos la abandonais, de la virtud y amor que antes de ahora me habeis manifestado, recibireis de los Dioses digno premio: teniendo presente en vuestra memoria que Dion ni á vosotros os desamparó cuando fuisteis agraviados, ni ahora en la adversidad desampara á sus ciudadanos. »

Aun no habia concluido cuando los soldados, levantando gritería, corrieron á él diciendo que los llevara en socorro de Siracusa cuanto antes; y los embajadores de los Siracusanos les dieron las gracias estrechándolos entre sus brazos, haciendo plegarias á los Dioses para que sobre Dion y sobre los soldados derramaran los mayores bienes. Sosegado el tumulto, les dió orden Dion de que fueran á prevenirse, y comiéndolo los ranchos, vinieran armados á aquel mismo lugar, teniendo resuelto marchar en socorro de Siracusa aquella misma noche.

En Siracusa los generales de Dionisio durante el dia hicieron inmensos males en la ciudad; pero venida la noche se retiraron á la ciudadela, habiendo perdido unos cuantos de los suyos; y entonces, haciéndose animosos los demagogos de los Siracusanos, y esperando que los enemigos se pararian en lo ejecutado, acaloraban otra vez á los ciudadanos á que no hicieran cuenta de Dion, y si venia con sus soldados, no recibirlos, ni darles esta prueba de que se le reconocia como aventajados en valor; sino salvar ellos por sí mismos la ciudad y la libertad. Enviaron pues de nuevo mensajeros á Dion, los generales disuadiéndole de venir, y los de caballería con los principales ciudadanos diciéndole que acelerase el paso; y por lo mismo caminaba con reposo y sosiego. Llegaba la noche, los enemigos de Dion ocuparon las puertas con ánimo de cerrárselas; pero Nipsio dando otra vez salida de la ciudadela á las tropas asalariadas, que mostraban todavía mayor ardor y fueron entonces en mayor número, destruyó desde luego todo el muro, y asoló y saqueó la ciudad. Dábase ya muerte, no solo á los hombres, sino á las mujeres y á los niños; era muy poco lo que se robaba, y mucho lo que se destrozaba y hacia pedazos. Porque dándose ya los de Dionisio por perdidos, y aborreciendo de muerte á los Siracusanos, querian sepultar, digámoslo así, la tiranía entre las ruinas de la ciudad; y anticipándose á la venida de Dion, recurrieron á la destruccion y perdicion mas pronta, que es la del fuego, dándole con tizones y hachas á lo que tenian cerca, y lanzando con los arcos á lo que les caia lejos saetas encendidas. Huian los Siracusanos, y de

ellos unos eran cogidos y asesinados en las calles, y los que se recogian á las casas eran echados de ellas por el fuego, siendo ya muchas las que ardian y caian encima de los que las abandonaban.

Esta calamidad fue la que principalmente franqueó las puertas de la ciudad á Dion, estando ya de acuerdo todos: porque la casualidad hacia que aun hubiese acertado el paso, cuando oyó que los enemigos se habian encerrado en la ciudadela; pero entrado ya el día, los de caballería fueron los primeros que le dieron noticia de la segunda invasion; y despues se presentaron algunos de los que antes se habian opuesto, rogándole que acelerara la llegada. Como el mal se agravase, Heráclides envió á su hermano, y despues á Teodotes su tío, pidiéndole que los socorriese, pues nadie habia que hiciese frente á los enemigos; él se hallaba herido, y la ciudad casi podia contarse por destruida y abrasada. Hallábase Dion cuando le llegaron estas nuevas á distancia todavía de setenta estadios de la ciudad; pero manifestando á sus soldados el peligro é instándoles, ya no marcharon despacio, sino que los condujo á carrera á la ciudad, sucediéndose los mensajeros unos á otros para darle prisa. Habiendo pues sido increíble la presteza y diligencia de los soldados, entró por las puertas, dirigiéndose á la parte de la ciudad llamada el Hecatopedo; y á las tropas ligeras les dió orden de marchar inmediatamente contra los enemigos, para que al verlas cobraran ánimo los Siracusanos. La infantería de línea la ordenó él mismo, y con ella los ciudadanos que acudian y se prestaban á agregarse á la milicia, formando divisiones y dándoles caudillos para que se presentara mas terrible, cargando á un mismo tiempo por todas partes.

Dispuestas así las cosas y hechas plegarias á los Dioses, se le vió marchar con sus tropas por la ciudad contra los enemigos; con lo que fueron grandes en los Siracusanos la algazara, el gozo y las aclamaciones, mezcladas con votos y exhortaciones: llamando á Dion salvador y númen tutelar, y á sus soldados hermanos y ciudadanos. No habia en aquella sazón ninguno tan amante de sí mismo y de la vida, que no se mostrara mas cuidadoso por Dion solo que por

todos los demas, viéndole marchar el primero al peligro por entre la sangre, el fuego y los montones de cadáveres tendidos en las plazas. No dejaban tambien de infundir terror los enemigos, que enfurecidos y soberbios estaban formados junto al muro, al cual no se podia llegar sin gran dificultad y trabajo. Mas el peligro que mas fatigaba á los soldados era el del fuego, que hacia muy embarazosa su marcha, ya porque los circundaba de luz la llama que devoraba las casas, ya porque tenian que dirigir sus pasos por entre escombros todavía ardientes, y ya porque iban tropezando sin poder sentar con seguridad los pies á causa de los grandes y continuos hundimientos: caminando además entre polvo mezclado de humo, con la atencion de no desordenarse y perder la formacion. Cuando ya llegaron á los enemigos, la pelea era de pocos por la estrechez y desigualdad del sitio; pero con la gritería y excitacion de los Siracusanos, que daban ánimo á los soldados, hubieron de ceder los de Nipsió; de los cuales la mayor partese salvó refugiándose á la ciudadela, que estaba inmediata; pero á los que quedaron fuera y se esparcieron por la ciudad los persiguieron los soldados de Dion, y les dieron muerte. El tiempo no dió entonces oportunidad para disfrutar de la victoria, ni para hacer las demostraciones de gozo y gratitud que tan grande suceso pedia, por tener que acudir á sus casas los Siracusanos, quienes con dificultad pudieron apagar el fuego en toda aquella noche.

Luego que se hizo de día no se detuvo ninguno de los demagogos; sino que dándose por perdidos, huyeron. Heráclides y Teodotes se resolvieron á presentarse por sí mismos y entregarse en manos de Dion, confesando sus yerros y rogándole que la hiciera mejor con ellos que ellos lo habian hecho con él: pues era propio de Dion que tanto sobresalia en todas las demas virtudes, aventajarse tambien en saber domar la ira respecto de unos ingratos, que ahora reconocian haber vencidos por él en aquella misma virtud, por la que se le habian mostrado contrarios. Hechas estas súplicas por Heráclides y Teodotes, instaban á Dion sus amigos que no usara de benignidad con unos hombres malos y perversos.

sos; sino que abandonara á Heráclides al encono de los soldados, y arrancara del gobierno el vicio de captar popularidad: enfermedad furiosa, no menos perjudicial que la tiranía. Dion para aplacarlos les dijo que los demas generales en lo que principalmente se ejercitaban era en las armas y en la guerra; y él habia gastado mucho tiempo en la Academia para estudiar cómo dominar la ira, la envidia y toda codicia; de lo que no era muestra el usar de afabilidad y dulzura con los amigos y con los hombres de bien; sino habiendo sido agraviado, el acreditarse de compasivo y benigno con los ofensores, y que queria hacer ver que no tanto era superior á Heráclides en poder y en valor como en bondad y justicia: pues la superioridad verdadera en estas habia de ponerse. Porque en la victoria y ventajas de la guerra, cuando no las dispute ningun hombre, entra á la parte la fortuna; ¿ y acaso porque á Heráclides le hiciera desleal y malo la envidia habla de estragar Dion su virtud con la ira? porque el que sea mas justo el vengarse y tomar satisfaccion que el ser el primero en ofender es determinacion de la ley, cuando por naturaleza ambas cosas provienen de la misma debilidad; y si bien el borrar la maldad del hombre no es cosa muy hacadera, no es tampoco tan ardua y desesperada, que no pueda hacersele cambiar, vencida por los favores del que muchas veces se empeña en hacer bien.

En consecuencia de estos discursos dejó Dion ir libre á Heráclides; y volviendo su cuidado á la circunvalacion, dió orden de que cada uno de los Siracusanos, cortando una estaca de valladar, la trajera y pusiera junto al muro, y empleando por la noche á sus soldados mientras los Siracusanos descansaban sin que nadie lo entendiese, dejó cercada la ciudadela: de manera que al dia siguiente sorprendió á los ciudadanos, no menos que á los enemigos, con la presteza de tamaña obra. Dió luego sepultura á los Siracusanos que habian muerto; y habiendo rescatado los cautivos, que no bajaban de dos mil, convocó á junta pública. Presentóse en ella Heráclides, haciendo la proposicion de que se nombrara á Dion generalísimo de tierra y de mar; y habiendo sido

admitida de los buenos ciudadanos que querian se sancionase, la muchedumbre marinera y artesana concitó una sedicion, manifestándose disgustada de que Heráclides quedara despojado del mando del mar, por parecerle que si bien en lo demas Heráclides no estaba adornado de grandes calidades, á lo menos era infinitamente mas popular que Dion y mas manejable para la plebe. Condescendió en esto Dion, y restituyó á Heráclides el mando de la armada; pero habiéndose opuesto á los que insistian sobre el repartimiento de terrenos y de las casas, anulando lo que acerca de esto se habia antes establecido, indispuso y enajenó los ánimos, de donde tomó otra vez ocasion Heráclides; y acantonado en Mesena, sedujo á los soldados y marineros que con él se hallaban, y los irritó contra Dion, haciéndoles entender que aspiraba á la tiranía; y al mismo tiempo hizo ocultamente un convenio con Dionisio por medio de Farage de Esparta. Llegaronlo á descubrir los principales ciudadanos de Siracusa, y se movió una sedicion en el ejército, de la que resultó escasez y hambre en Siracusa: en términos que el mismo Dion quedó sin saber que hacer, é incurrió en la repression de sus amigos, que le hacian cargo de haber fomentado contra sí á un hombre como Heráclides, intratable y pervertido por la envidia y por la maldad.

Hallándose Farage acampado junto á Nápoles en el campo de Agrigento, condujo Dion á los Siracusanos, con intento de pelear con él en otra oportunidad: pero como Heráclides y la marinería gritasen que Dion no queria terminar la guerra por medio de una batalla, sino dilatarla para mantenerse en el mando, se vió en la precision de trabar combate, y fue vencido. La derrota no fue grande, sino mas bien una dispersion y desorden entre los soldados mismos que se alborotaron; por lo que Dion, resuelto á volver á dar batalla, los redujo al orden, persuadiéndolos é inspirándoles confianza; pero á la entrada de la noche se le dió aviso de que Heráclides, zarpando con su escuadra, navegaba sobre Siracusa, con la determinacion de apoderarse de la ciudad y de negarles la entrada á él y á su ejército. Tomando, pues, consigo en el momento á los mas esforzados y resueltos, ca-

minaron á caballo toda aquella noche, y á la hora tercera del día siguiente estaban ya á las puertas, habiendo andado setecientos estadios. Como Heráclides se hubiese atrasado con sus naves, por mas prisa que quiso darse se mantuvo en el mar, y andando errante sin objeto cierto, se encontró con Gesilo de Esparta, quien le dijo que venia de Lacedemonia á ser caudillo de los Sicilianos, como antes Gilipo. Recibióle, pues, con gran complacencia, y pensando en oponerle como un antidoto á Dion, lo presentó á los aliados; y enviando un heraldo á Siracusa, propuso á los Siracusanos que admitiesen aquel general esparciata. Respondióle Dion que los Siracusanos tenian bastantes generales, y si los negocios requerian absolutamente un Esparciata, en él lo tenian, pues era Esparciata por adopción. Con esto Gesilo cedió en la pretension del mando, y pasando á verse con Dion, reconcilió con él á Heráclides, que dió muchas palabras é hizo los mayores juramentos, accediendo á estos el mismo Gesilo, que por su parte juró ser vengador de Dion, y tomar satisfaccion de Heráclides si se portase mal.

De resultas de este suceso desarmaron los Siracusanos la escuadra, porque no teniendo en qué emplearla, no les servia mas que de gasto con la gente de mar, y de motivo de indisposicion entre los generales. Sitiaron el alcázar, acabando el muro con que le circunvalaban; y como no socorriendo nadie á los sitiados les faltasen los víveres, y los soldados extranjeros se les hubiesen insubordinado, perdió el hijo de Dionisio toda esperanza, y entrando en conciertos con Dion, le entregó el alcázar con las armas y todos los pertrechos de guerra; recogió la madre y las hermanas, y cargando cinco galeras marchó á unirse con el padre, dejándole partir Dion con toda seguridad, y no quedando Siracusano alguno que no saliera á gozar de aquel espectáculo; tanto que los que se hallaban ausentes se quejaban de no haber visto aquel día en que el sol empezaba á alumbrar á Siracusa libre. Y si aun ahora entre los grandes ejemplos que se refieren de la mudanza de fortuna, es el mayor y mas notable este del destierro de Dionisio, ¿cuál debió ser entonces el gozo de aquellos ciudadanos? y qué debieron pensar los que

con tan pocos medios destruyeron la mas poderosa tiranía que jamas se habia visto?

Como Dion luego que dió la vela Apolócrates se eneaminase al alcázar, no pudieron aguantar mas las mujeres que en él habian quedado, ni esperaron á que entrase, sino que corrieron á la puerta, Aristómaca llevando de la mano al hijo de Dion, y Arete yendo en pos de esta, llorando é incierta de cómo habia de saludar al marido, habiendo estado enlazada con otro. Abrazó Dion primero á la hermana y despues al hijo; y entonces Aristómaca, presentando á Arete: «Hemos sido desdichadas, le dijo, ó Dion, durante tu destierro; con tu venida y tu victoria nos has librado de opresion y angustia á todos nosotros, á excepcion de esta, á quien yo miserable he visto ser por fuerza, vivo tú, casada con otro. Ahora pues, que la fortuna nos ha puesto en tu poder, di cómo tomas la necesidad en que esta infeliz se ha visto, y si te ha de abrazar como tio, ó como marido.» Dicho esto por Aristómaca, no pudiendo Dion contener las lágrimas, abrazó con el mayor cariño á su esposa; y entregándole el niño, le dijo que marcharan á su propia casa, á la que él tambien se fué á habitar, habiendo hecho entrega de la ciudadela á los Siracusanos.

Habiéndole salido tan felizmente los negocios, la primera cosa en que se propuso gozar de su prosperidad, fue en hacer favores á sus amigos y donativos á los aliados; y mas especialmente en hacer participantes de su humanidad y munificencia á los mas allegados que tenia en la ciudad, y á los soldados que le habian servido, excediendo su magnanimidad á sus facultades; pues por lo que hace á sí mismo, se trataba sencilla y frugalmente como cualquiera particular, siendo de maravillar que teniendo puesta la vista en su brillante fortuna no solo la Sicilia y Cartago sino toda la Grecia, y no reputando todos por tan grande á ningun general de los de aquella edad, ni hallando con quien compararlo en valor y en buena suerte, usara de tanta moderacion en el vestido, en la servidumbre y en la mesa, como si se mantuviera en la Academia al lado de Platon, y no viviera con extrangeros y soldados, para quienes los continuos fes-